



LAS IDENTIDADES PLURALES Y EL ESPACIO PÚBLICO

I Ann Mitchell

Unos quince turistas observaban atentamente cómo dos jóvenes se movían juntos al son de la música proveniente de un aparato que descansaba en el suelo, con audaces y coloridos grafitis como telón de fondo. Entonces, uno de los jóvenes se dejó caer y comenzó a girar sobre sí mismo, mientras el otro tomó un micrófono y empezó a rapear. En el suelo había un sombrero para recoger propinas. Esta escena, que presencié en medio de Independencia, un barrio “popular” de Medellín, Colombia, fue posible gracias a la creación de este espacio público.

Las calles del barrio, antes demasiado peligrosas para los turistas, se transformaron gracias a las políticas de integración urbana, centradas principalmente en la mejora de la movilidad y la conectividad. Al hacer que el barrio fuera accesible y seguro para los turistas, esas políticas abrieron una puerta para una mayor interacción social a través de la cual, tanto los visitantes como los residentes, podrían empezar a apreciar la identidad multifacética del barrio, sus habitantes y sus visitantes. Como se argumentará en este ensayo, los espacios públicos diseñados para que sean accesibles a todas las personas (por ejemplo, las personas mayores, las personas con discapacidad, la juventud) pueden promover la interacción social necesaria para que las personas aprendan sobre las identidades multidimensionales de los demás y, de ese modo, fomentar la inclusión social.

La identidad hace referencia a la conciencia que una persona tiene de sí misma, es decir, quién cree que es. La psicología considera que la identidad es una construcción cognitiva del yo. Contiene tanto conceptos básicos y duraderos (identidad personal) como conceptos periféricos que permiten al individuo adaptarse a diferentes situaciones sociales y adoptar diversos papeles e identidades de grupo (identidades sociales) (Korte, 2007).

Nuestra identidad influye en las decisiones que tomamos y en cómo interactuamos con los demás en los ámbitos social, económico, político, cultural y espiritual de nuestras vidas.

Al mismo tiempo, nuestra participación en estas diferentes esferas ayuda a moldear nuestra propia identidad. “La identidad es el resultado de la interacción en el mundo social y a su vez una guía de esa interacción” (Simon 2004, 2).

En este ensayo se reflexiona sobre el concepto de identidad y cómo esta se relaciona con los espacios públicos. Se sostiene que la forma en que nuestras identidades son definidas por nosotros mismos y por nuestras comunidades influye de manera importante en la manera en que nos comportamos, interactuamos con los demás y nos relacionamos con los espacios públicos. Al mismo tiempo, estos espacios influyen en las formas de interacción entre los individuos y los grupos, modificando así la formación de la identidad tanto a nivel individual como social. El hecho de comprender mejor la relación entre la identidad y el espacio público puede contribuir a la elaboración de políticas e intervenciones urbanas más eficaces que tengan en cuenta a los grupos desfavorecidos, como las personas mayores, las personas con discapacidad y los niños y niñas, y que, por consiguiente, promuevan el desarrollo humano y la inclusión social en las ciudades.

Al comienzo del capítulo se explica a grandes rasgos el concepto de identidad social tal como se define en la psicología y la sociología. Después, se explora qué ideas adicionales se pueden obtener de la colección de ensayos *Identidad y Violencia* del economista y filósofo Amartya Sen, ganador del premio Nobel. Este libro puede proporcionar ideas pertinentes para entender la división basada en la identidad y la exclusión social en el contexto urbano. Por último, se reflexiona sobre cómo el reconocimiento de la pluralidad de nuestras afiliaciones puede contribuir a fomentar la inclusión social en el fragmentado mundo urbano actual.

→ IDENTIDAD SOCIAL

En psicología, la identidad social se define como “la parte del autoconcepto de un individuo que se deriva del conocimiento de su pertenencia a un grupo social (o a varios grupos sociales), junto con el valor o la importancia emocional que se le atribuye a esa pertenencia” (Tajfel, 1978, 63).

Las personas tienen múltiples categorías de afiliaciones o pertenencias. Cada una se representa en la mente de una persona como una identidad social que describe y determina sus atributos como miembro del grupo (Simon, 2004).

El proceso de formación de la identidad social suele entrañar procesos de categorización y de automejora (Hogg, Terry y White, 1995). La categorización se refiere a la simplificación y el ordenamiento de la realidad social mediante la clasificación de las personas en grupos de manera subjetivamente significativa. La necesidad de maximizar nuestro propio sentido de autoestima nos lleva a evaluar y hacer comparaciones entre el endogrupo (el grupo con el que nos identificamos) y el exogrupo de una forma que favorece al endogrupo. Cuando un grupo determinado al que se pertenece se convierte en el grupo más importante y

global, la autopercepción y el comportamiento adquieren atributos estereotipados del grupo, las percepciones sobre los que están fuera del grupo se convierten en estereotipos del exogrupo y las relaciones intergrupales se vuelven competitivas y discriminatorias (Hogg, Terry y White, 1995).

Los grupos sociales tienden a compartir las siguientes tres características empíricas (Turner 1984). En primer lugar, los grupos sociales son un conjunto de personas definidas como grupo por sí mismas y por otros (criterios de identidad). En segundo lugar, los miembros dependen unos de otros para satisfacer necesidades, lograr objetivos comunes y validar normas y creencias (criterios de interdependencia). En tercer lugar, la interacción social entre los miembros está organizada y regulada por la estructura del estatus y las normas comunes (criterios de estructura social). Turner (1984) sostiene que, si bien estos tres criterios contribuyen a la formación de pequeños grupos, la identidad común es lo único que aglutina la afiliación en los grupos grandes (sexo, raza, religión, ocupación, etc.). En este último tipo de grupo, el impulso para la formación de grupos suele derivarse del hecho de que el grupo es reconocido y tratado de manera homogénea por otros.

El comportamiento en los grupos también dependerá de la estructura de creencias en cuanto a la posibilidad de movilidad social y cambio estructural (Hogg, Terry y White, 1995). Cuando los miembros de un grupo creen que su estatus inferior es legítimo y que es posible pasarse al grupo dominante,²³ los niveles de solidaridad endogrupal y competencia intergrupala serán bajos. En esta situación, es posible que miembros individuales del grupo traten de entrar en el grupo dominante. Por el contrario, los miembros del grupo que creen que el estatus inferior de su grupo es ilegítimo, que el movimiento entre grupos no es posible y que el cambio social es viable mostrarán solidaridad intragrupal y competencia intergrupala.

La teoría de la identidad social puede explicar diversos tipos de comportamiento de grupo, como la conformidad, los estereotipos, la discriminación y los prejuicios, así como el altruismo y la cooperación.

23. Un grupo dominante es un grupo social que se considera que tiene relativamente más prestigio social, una posición económica superior, más poder político u otros rasgos relacionados con la pertenencia a una categoría (Turner, 1984). Akerlof y Kranton (2000) explican que, por lo general, “los grupos dominantes se definen a sí mismos frente a ‘otro(s)’, y los miembros de los grupos dominantes (excluidos) se benefician (se perjudican) material y psicológicamente con la diferenciación”.

La acentuación de la homogeneidad en el endogrupo y en el exogrupo es un aspecto adicional de las relaciones intergrupales. El análisis de las pruebas realizado por Lorenzi-Cioldi y Doise (1990) indica que una exposición más frecuente a otros miembros del endogrupo favorece la diferenciación interna y la personalización de la representación, mientras que la frecuencia de la exposición tiene menos efecto en la homogeneidad del exogrupo. Por ejemplo, los miembros de un grupo de autoayuda para personas con discapacidad tenderían a reconocer la variación de las características individuales de los miembros del grupo, pero percibirían que los no miembros son “todos iguales”. Las pruebas también sugieren que las diferencias en el grado de homogeneidad del endogrupo y del exogrupo dependen no solo de la frecuencia, sino también de la calidad y el contexto de los contactos dentro de los grupos y entre ellos. La gran variación en los contextos de interacción entre los miembros de un endogrupo promueve la personalización.

Cuando los grupos participan en relaciones competitivas (por ejemplo, la competencia entre grupos afiliados a partidos políticos rivales), los miembros del exogrupo se perciben como más homogéneos y adoptan atributos estereotipados.

En la literatura de la psicología también se ha considerado la relación entre el espacio y la identidad. La nación, la ciudad, el vecindario y otras áreas geográficamente delimitadas pueden ser categorías de identidad de grupo. El término “identidad urbana” se ha utilizado para referirse a la imagen social o el significado simbólico (derivado de las características espaciales, la composición social o los rasgos culturales) que hacen que una ciudad sea única y que diferencie a sus residentes de los miembros de otros grupos definidos espacialmente (Lalli, 1992). La literatura también se refiere a un proceso más individualizado de formación de la identidad asociado al espacio urbano. Proshansky (1978, citado en Di Masso 2012, 167) acuñó el término “identidad de lugar urbano” para referirse a un patrón de creencias, sentimientos y expectativas en relación con los espacios y lugares públicos y, lo que es más importante, una dimensión de competencia correspondiente a la forma en que el individuo utiliza adecuadamente esos entornos físicos, así como las estrategias apropiadas para conducirse eficazmente en ellos. También se ha demostrado que las identidades sociales constituyen la base sobre la que los espacios se transforman en lugares significativos. Por lo tanto, el mismo espacio físico puede adquirir diferentes significados para diferentes grupos sociales (Hopkins y Dixon, 2006) y, más importante aún, para grupos con diferentes habilidades físicas.

La sociología considera que el yo está compuesto por múltiples identidades construidas socialmente, formadas por los diversos roles que desempeñamos dentro de la sociedad (Hogg, Terry y White, 1995).²⁴ Estas identidades de rol proporcionan significado al yo, definen tipos de roles, establecen diferencias con respecto a categorías alternativas e influyen en el comportamiento. Las personas tienden a clasificar sus identidades de rol por nivel de importancia; su comportamiento estará determinado por lo que consideran el comportamiento apropiado para el rol que está mejor clasificado en la jerarquía de prominencia de su identidad. Una identidad de rol tendrá mayor importancia si un individuo percibe que muchas relaciones sociales importantes dependen de ocupar ese rol. Un comportamiento considerado apropiado para el grupo confirma que una persona pertenece a él y aumenta su autoestima. Si bien la teoría de la identidad de la sociología hace hincapié en la forma en que se definen los roles por medio de roles complementarios o contrarios (por ejemplo, padre-madre, con y sin discapacidad), no explica explícitamente el comportamiento intergrupar. En cambio, se centra más en cómo la interacción social entre los individuos influye en la identidad.

→ LA IDENTIDAD Y LA VIOLENCIA SEGÚN SEN

En Identidad y violencia, Amartya Sen (2007) considera las implicaciones éticas de la forma en que se constituyen las identidades y presenta argumentos normativos a favor de un desplazamiento de la atención de las identidades singulares a las multidimensionales.

El autor aporta al análisis de la identidad conceptos clave que impregnan el resto de su obra, como la libertad, la elección, el valor y el razonamiento público.

Sen analiza el concepto de identidad a través de la lente de su enfoque basado en las capacidades. El argumento central de este enfoque es que, al evaluar el nivel de bienestar o de pobreza, la medida no debería ser el ingreso ni los recursos, sino más bien las “capacidades”, o la libertad real que las personas tienen para ser y hacer lo que valoran (Sen, 1992). Entre los ejemplos de capacidades se incluyen tener una vivienda adecuada, trabajar en un entorno seguro o tener la libertad de caminar por la calle sin miedo, o acceder a una acera pública sin dificultad. Según este enfoque, la información sobre los ingresos no es suficiente para comprender el bienestar o la pobreza, porque los recursos que cada persona necesita para

24. Hogg, Terry y White (1995) ofrecen un análisis comparativo de las teorías de la identidad en la sociología y la psicología.

lograr libertades reales variarán según sus características individuales, sociales y ambientales. Por ejemplo, los recursos necesarios para garantizar la movilidad son mayores para una persona que tiene una discapacidad motriz que para una persona que no la tiene. Si la persona vive al final de un pasaje estrecho en un asentamiento informal, necesitará aún más recursos para tener movilidad dentro de la ciudad. El enfoque basado en las capacidades también otorga una importancia central a la idea de que las personas necesitan actuar como agentes de sus propias vidas y decidir por sí mismas qué objetivos valoran más (Sen, 1985).

Al principio de su libro, Sen señala que la identidad puede ser una fuerza motivadora de las encomiables muestras de bondad y también de los brutales actos de violencia que hay en el mundo. La identidad puede ser una fuente de orgullo, alegría, fuerza y confianza. Las amistades entre vecinos y los actos de solidaridad dentro de las comunidades son resultados positivos de la afiliación a un grupo y de las identidades comunes. El capital social es un recurso producido a través de la interacción social y la creación de lazos de confianza entre las personas. La productividad económica depende de la capacidad de las personas para trabajar juntas e identificarse con otros trabajadores de una empresa. Los grupos oprimidos y excluidos pueden obtener reconocimiento en la sociedad forjando una identidad común. Sin embargo, la cohesión social y la solidaridad dentro de los grupos también pueden cultivar la división, la exclusión social, el conflicto y la violencia. La identidad de grupo es un arma poderosa utilizada por los líderes para manipular y conseguir apoyo, y es la fuerza motriz de muchas atrocidades que se cometen en el mundo. Sen dice que “la imposición de una identidad supuestamente única es a menudo un componente básico del ‘arte marcial’ de fomentar el enfrentamiento sectario” (Sen, 2007, xiii).

La identidad, nos recuerda Sen, es multidimensional. Cada persona es única y está compuesta por una combinación única de elementos, como el género, la edad, la ciudadanía, la religión, la filiación política, la profesión, la clase social, la orientación sexual, el lugar de residencia y el origen geográfico, entre muchos otros.

Sen dice que “la misma persona puede ser, sin ninguna contradicción, ciudadano estadounidense de origen caribeño con antepasados africanos, cristiano, liberal, mujer, vegetariano, corredor de fondo, historiador, maestro, novelista, feminista...” (Sen 2007, xii). Como la identidad de cada persona se forma por la participación en múltiples colectividades, ninguna de ellas puede considerarse como la única categoría de afiliación de una persona. Todas ellas tomadas en conjunto forman la identidad personal.

La promoción de identidades singulares definidas por una sola característica destacada, argumenta Sen, incita al conflicto y a la violencia. Su libro se centra principalmente en la violencia derivada de las identidades religiosas, como los disturbios hindúes-musulmanes en la India, el conflicto palestino-israelí y el choque entre el Islam y Occidente. Sin embargo, sus ideas también pueden aportar lecciones pertinentes para comprender las divisiones basadas en la identidad en el contexto urbano. La bifurcación de la identidad social en “nosotros” y “ellos” es evidente tanto en la violencia producida por las guerras entre pandillas de jóvenes como en la opresión y exclusión que sufren las personas con discapacidad o las personas mayores.

Sen, pone de relieve el papel del razonamiento y la elección en la determinación de nuestras lealtades y prioridades con respecto a diferentes grupos.

Si bien cada persona debe elegir entre un conjunto factible de posibles identidades determinadas por las características y circunstancias individuales, puede decidir cuánta importancia otorgar a un aspecto de su identidad por encima de otras múltiples categorías. Es decir, por ejemplo, que aunque yo no pueda ser padre o trabajador de la construcción, puedo elegir la importancia que le doy a mi identidad como madre, inmigrante o profesora universitaria.

Sen, cuestiona la idea “comunitaria” de que la gente no puede escapar de la identidad definida por sus antecedentes sociales y culturales.

El argumento es que el origen social de una persona determina sus patrones de razonamiento y creencias y, como esa persona no ha adquirido conocimientos sobre modos alternativos de comportamiento, inevitablemente “descubrirá” que su comunidad es su afiliación predominante. Sen afirma que, aunque la comunidad y la cultura probablemente afecten las creencias y el comportamiento, muchos otros factores influyen en los procesos de razonamiento y entrarán en juego al elegir (dentro de ciertas limitaciones) la categoría más importante con la que una persona se identifica. Además, el punto de vista comunitario subestima la capacidad de razonamiento individual y no reconoce suficientemente la variación de las categorías de identidad dentro de las comunidades, culturas y otras identidades sociales.

Sin embargo, se plantea un problema cuando las identidades singulares son impuestas por otros, o se consideran inevitables.

Este tipo de limitaciones impuestas por la sociedad puede dar lugar a estigmas, discriminación, reducción de las aspiraciones y violencia. Por ejemplo, se puede estereotipar a un hombre que tiene una discapacidad motriz o visual considerándolo incapaz de cuidarse a sí mismo o improductivo. Los estereotipos comunes asociados con las personas mayores incluyen la disminución de la capacidad cognitiva o la incapacidad de aprender nuevas habilidades del mercado laboral. Asimismo, hay pruebas de que los residentes de los asentamientos informales se enfrentan a una discriminación basada únicamente en su lugar de residencia, lo que les dificulta romper con una identidad singular impuesta por la sociedad.²⁵

El entorno espacial es otro factor que limita la formación de la identidad.

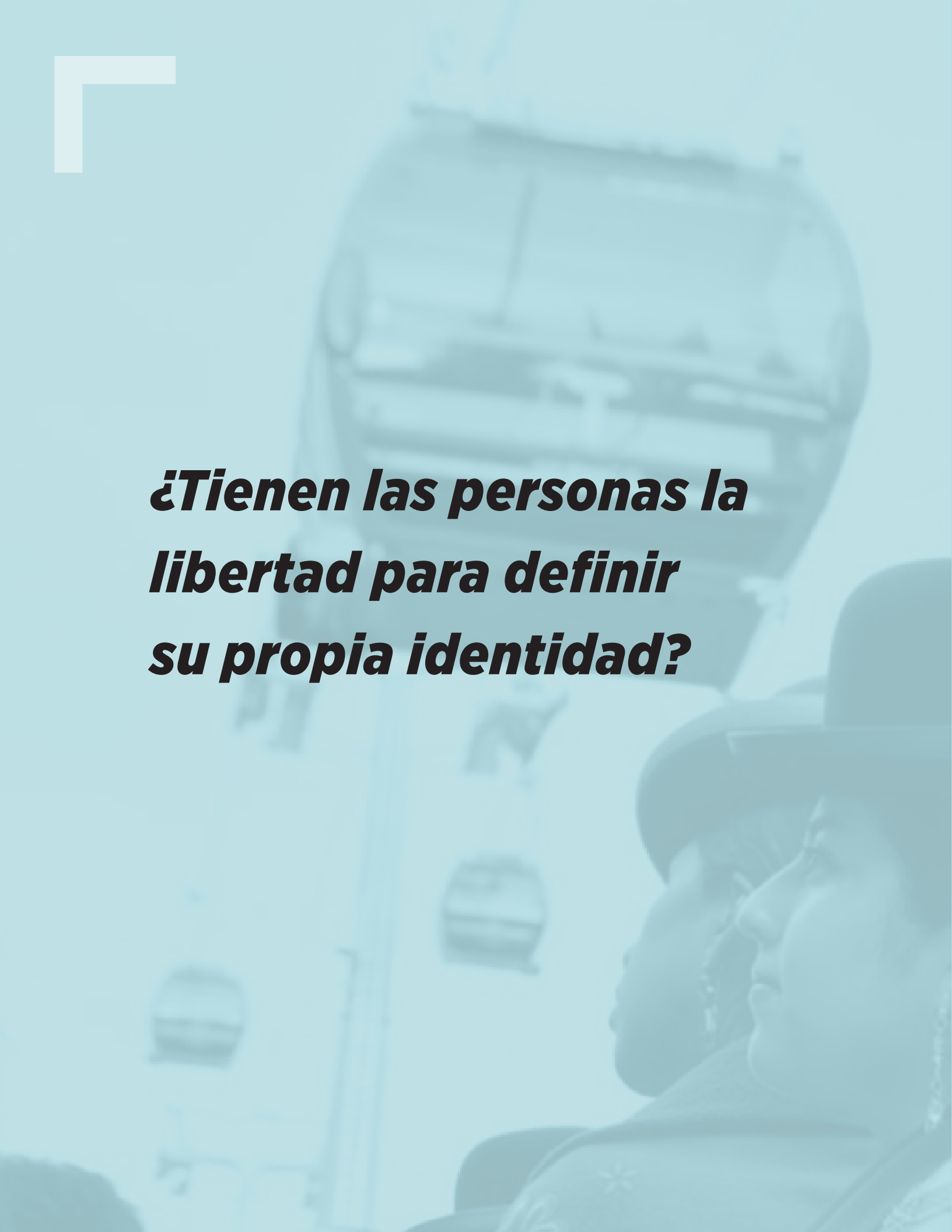
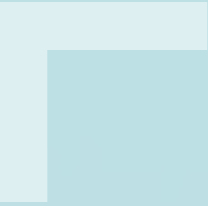
Pineda (2008) sostiene, por ejemplo, que la discapacidad no es una característica individual, sino más bien una función de la interacción entre una persona con un impedimento físico y su entorno.²⁶

Dentro del modelo espacial de discapacidad de Pineda, el proceso de construcción de la identidad de una persona con discapacidad está influido por el grado en que los entornos sociales, políticos y físicos son habilitantes o inhabilitantes.

Sen (2007) sostiene que el remedio para la violencia basada en la identidad en el mundo no consiste en suprimir la identidad (por ejemplo, restando importancia a la identidad propia como homosexual, musulmán o persona con discapacidad), sino más bien en reconocer que la identidad es multidimensional. Escribe que “[l]a esperanza de que reine la armonía en el mundo actual reside, en gran medida, en una mayor comprensión de las pluralidades de la identidad humana y en el reconocimiento de

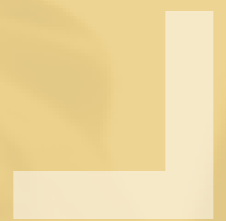
25. El prejuicio y la discriminación fueron temas comunes en los testimonios de los jóvenes entrevistados para un estudio sobre la deserción de la escuela secundaria en asentamientos informales de Buenos Aires (Mitchell, Del Monte y Deneulin, 2018). Silva (2008) analiza el papel de los medios de comunicación en la construcción del estigma social contra quienes residen en los asentamientos informales de Buenos Aires, conocidos localmente como “villeros”.

26. Análogamente, Mitra (2006), utilizando el marco conceptual del enfoque basado en las capacidades, define la discapacidad como una privación en términos de capacidades o funcionamiento que resulta de la interacción de a) las características personales de un individuo (por ejemplo, edad, deficiencia), b) el conjunto de bienes disponibles (activos, ingresos) y c) el entorno (social, económico, político, cultural). La discapacidad puede ser el resultado de factores sociales (como el estigma o la discriminación relacionados con una deficiencia) o del entorno físico (cuando restringe la movilidad) y también estará determinada por el acceso individual a los recursos.



¿Tienen las personas la libertad para definir su propia identidad?

***¿Puede la gente elegir
dónde vivir, qué tipo
de vida adoptar,
o cómo expresar su
propia cultura?***



que dichas identidades se superponen y actúan en contra de una separación estricta a lo largo de una única línea rígida de división impenetrable” (16).

Un método para evaluar el grado de reconocimiento de la pluralidad de identidades y el alcance de la inclusión social en la sociedad consiste en aplicar el marco de evaluación propuesto por el enfoque basado en las capacidades. Esto nos llevaría a evaluar el alcance de la libertad que las personas tienen para promover o lograr las diferentes cosas que valoran. ¿Tienen la libertad de definir su propia identidad? ¿Pueden elegir dónde vivir, qué tipo de estilo de vida adoptar o cómo expresar su propia cultura?

¿Tienen las personas, independientemente de su identidad, acceso igualitario a los servicios y espacios públicos y a los beneficios económicos, sociales y culturales de vivir en una ciudad?

En resumen, en su libro, Sen hace un juicio normativo global sobre el proceso de formación de la identidad en el mundo de hoy. Sostiene que la singularización de la identidad es una causa de conflicto y violencia y, por lo tanto, la esperanza de que reine la armonía en el mundo actual reside, en gran medida, en una mayor comprensión de las pluralidades de la identidad humana (Sen 2007, xiv).

27. Pineda (2008) propone un criterio normativo alternativo para evaluar la justicia espacial basado en la teoría de la justicia de Rawls, en la que la distribución del espacio solo es justa si beneficia a los interesados menos favorecidos (115-16).



¿Qué ideas podemos extraer del libro de Sen para los procesos de desarrollo de espacios públicos inclusivos en las ciudades? De mi lectura de la literatura sobre identidad social y del perspicaz libro de Sen se desprenden algunas posibles vinculaciones entre la identidad y el espacio público.

En primer lugar, los espacios públicos pueden ofrecer oportunidades para que las personas aprendan sobre las diversas facetas de cada una de sus identidades multidimensionales, creando ocasiones para la interacción cara a cara. En segundo lugar, la capacidad de ver más allá de los estereotipos de grupo y personalizar a los miembros de otros grupos depende no solo de la frecuencia de la interacción, sino también de la calidad y variedad de los contactos y del grado de competencia y discordia entre los grupos. En tercer lugar, los espacios públicos pueden desempeñar un papel central en la enseñanza de la diversidad, es decir, la gran cantidad de aspectos físicos, culturales, sociales y espirituales que hacen que cada persona sea única.

Educar en la diversidad puede ayudar a reducir los estereotipos y la discriminación, permitir que las personas tomen decisiones informadas sobre los aspectos de su identidad a los que elijan dar mayor relieve y fomentar el debate informado y los procesos de razonamiento público.

→ LA IDENTIDAD Y EL ESPACIO PÚBLICO EN LAS CIUDADES

Las calles, parques, plazas y otros espacios públicos son, por definición, lugares abiertos a todas las personas.

Los espacios públicos pueden recordar una historia común, otorgar belleza estética, satisfacer un propósito funcional o servir como telón de fondo para ceremonias públicas o la vida cotidiana. Lo más importante es que los espacios públicos se construyen socialmente. El filósofo francés Lefebvre (1991) señala que el espacio social se presenta como el resultado intangible de la historia, la sociedad y la cultura, que supuestamente se combinan en él (92).

La forma en que las personas se apropian de los espacios públicos e interactúan en ellos está íntimamente relacionada con el proceso de formación de la identidad.

Los espacios públicos pueden servir para fortalecer y afirmar la pertenencia al grupo. Monumentos y plazas centrales como el Zócalo de la Ciudad de México están diseñados para evocar el orgullo nacional y forjar una identidad colectiva.

Los pueblos indígenas utilizan las zonas públicas para celebrar y comunicar su patrimonio cultural. Al mismo tiempo, los grupos de supremacía blanca despliegan propaganda en espacios públicos para profesar la jerarquía racial y fomentar la división. Las expresiones públicas de la identidad de grupo pueden ser tanto positivas y afirmativas como negativas y excluyentes.

Los espacios públicos se han utilizado tradicionalmente como lugares de deliberación y debate público.

Aunque la expansión de la tecnología digital de la información y las comunicaciones ha creado nuevas formas digitales de interacción en la esfera pública (Castells 2004), los espacios físicos siguen teniendo un papel central en la interacción interpersonal y grupal. Diversos tipos de grupos sociales utilizan los espacios públicos para sensibilizar a la ciudadanía y hacer reclamaciones sobre sus derechos. En las calles de Tel Aviv, miles de madres y padres participaron en las “marchas de los cochecitos” para exigir una mayor intervención gubernamental en la prestación de servicios de guardería. En Cochabamba (Bolivia), personas con discapacidades motrices se colgaron en sillas de ruedas de un puente ubicado sobre una carretera principal y recorrieron cientos de kilómetros para concienciar a la población sobre su causa y exigir pensiones públicas. Los grupos socialmente excluidos a menudo sostienen que la ocupación del espacio público es su único medio para obligar a la gente a tomar conciencia de sus necesidades y demandas colectivas.

Si bien Sen (2007) señala cómo la interacción entre las personas y los grupos de la esfera pública contribuye a fortalecer la democracia, la participación solo será verdaderamente plural en la medida en que haya igualdad de acceso a los lugares de reunión.

El grado en que los espacios públicos fomentan la interacción entre los individuos y contribuyen al reconocimiento de las identidades multidimensionales de las personas con capacidades diversas es un criterio que puede utilizarse para evaluar la calidad de los espacios públicos. ¿Los espacios públicos son seguros, están bien mantenidos y son accesibles para todos? ¿La configuración de plazas, parques y áreas verdes dentro de la ciudad promueve la mezcla de personas de múltiples colectividades? ¿Las redes de transporte permiten el acceso a los espacios públicos para todos, independientemente de la edad, la capacidad, el nivel socioeconómico, el grupo étnico, etc.? ¿Los espacios públicos contribuyen a fomentar una identidad colectiva nacional o de toda la ciudad?

La fragmentación social y espacial de las ciudades latinoamericanas reduce las oportunidades de mezcla social entre grupos y contribuye a singularizar las identidades.

Las comunidades cerradas y los complejos de apartamentos urbanos cerrados diseñados para proteger a los residentes de la inseguridad transforman los espacios públicos como calles, patios de recreo y zonas verdes en espacios privados a los que solo pueden acceder los residentes. De la misma manera, los barrios urbanos violentos y los asentamientos informales se vuelven inaccesibles para los no residentes. En ambos extremos del espectro socioeconómico, la segregación residencial obstaculiza el tipo de interacción social necesaria para que las personas reconozcan la pluralidad de sus identidades, contribuyendo así a la creación de estereotipos, la estigmatización y la discriminación.

Algunas experiencias de integración urbana —como el caso del barrio Independencia en Medellín, Colombia— muestran cómo las mejoras en la movilidad, la seguridad y la disponibilidad de espacios públicos pueden fomentar eficazmente la integración social.

Las políticas de integración urbana en Medellín incluyeron la instalación de líneas de teleféricos para conectar el vulnerable barrio de las colinas con el resto de la ciudad, junto con inversiones en viviendas sociales, espacios públicos, escuelas y bibliotecas. Las intervenciones se diseñaron para promover la accesibilidad universal y el respeto de la diversidad de los usuarios. El vibrante arte callejero del grafiti se convirtió en un atractivo del barrio para los visitantes. Existen pruebas de que esas políticas, junto con los procesos de presupuestación participativa en que los residentes locales participan en la adopción de decisiones colectivas sobre la utilización de las inversiones públicas, han contribuido a mejorar la calidad de vida, la inclusión social y la autoestima de los residentes locales (Dávila, 2013).

En los últimos decenios, se ha pasado de invertir en los aspectos técnicos y funcionales de las redes de transporte a mejorar los aspectos humanos y sociales de la movilidad. Este cambio se ha beneficiado de la expansión del trabajo interdisciplinario que tiene en cuenta los aspectos sociales, políticos, temporales y ambientales de la movilidad (Cresswell, 2010). Si, como algunos sostienen (Urry, 2000, citado en Cresswell, 2010), las identidades se basan cada vez más en redes y movimientos de personas, información y cosas, y no en el lugar de residencia, entonces las políticas que fomentan la movilidad humana podrían adquirir una relevancia aún mayor como instrumentos de política para la integración urbana y la inclusión social.

Sin embargo, también es importante tener en cuenta que las experiencias exitosas de mejora del transporte y la conectividad, como el caso de Medellín, deben combinarse con otros tipos de políticas sociales y participativas (Dávila, 2013). Como cada contexto es diferente, cuando hay compensaciones entre los costos y beneficios de las estrategias de integración alternativas, la participación de la sociedad civil en el proceso de adopción de decisiones adquiere una importancia aún mayor.

La exclusión educativa es otra dimensión de la fragmentación social en la ALC urbana. Las divisiones entre las escuelas públicas y privadas como consecuencia de la segregación espacial y el movimiento de los estudiantes de mayores ingresos a las escuelas privadas han producido altos niveles de segregación educativa por nivel socioeconómico en toda ALC (Rivas, 2015). En consecuencia, la educación pública, que tradicionalmente desempeñaba un papel importante en la construcción de vínculos entre los grupos socioeconómicos, tiende ahora a reforzar la fragmentación social (Kaztman, 2001; Kaztman y Retamoso, 2007).

La integración educativa del estudiantado con discapacidad es otro desafío. A pesar del cambio de política hacia escuelas integradas en las que todos los niños y niñas aprenden juntos, independientemente de sus diferencias individuales, la falta de acceso a instalaciones inclusivas (ausencia de ascensores, instalaciones de aula inapropiadas y transporte inadecuado) opera como un obstáculo para la inclusión educativa de los menores con discapacidad. Las pruebas demuestran que las tasas de asistencia escolar y de finalización de estudios son inferiores para los niños, niñas y adolescentes con discapacidad en todos los países de ALC y el Caribe, especialmente en la enseñanza secundaria (Hincapié, Duryea e Hincapié, 2019). Además, la estrecha relación entre la pobreza y la discapacidad (Elwan, 1999) hace que las comunidades marginadas tengan una mayor prevalencia de personas con discapacidad, lo que agrava el problema de la exclusión educativa en esos barrios (Pantano, 2014). Estos desafíos a la integración educativa son especialmente pertinentes en vista del papel que puede desempeñar el sistema educativo en la enseñanza de la diversidad humana en la juventud y en el fomento de la participación en los procesos de razonamiento público.

Los espacios públicos diseñados para ser accesibles a todas las personas pueden servir para ampliar los límites que definen el espacio físico que las personas pueden ocupar.

De esta manera, la accesibilidad puede contribuir a los tipos de interacción social necesarios para que las personas aprendan sobre las identidades multidimensionales de los demás. Espero que las reflexiones de Sen sobre la pluralidad de la identidad y el marco evaluativo que ofrece el enfoque basado en las capacidades proporcionen herramientas conceptuales adecuadas para pensar cómo las políticas de integración urbana descritas en este libro pueden contribuir a fomentar la inclusión social en ALC.



REFERENCIAS

- Akerlof, George A. y Rachel E. Kranton. 2000. "Economics and Identity." *Quarterly Journal of Economics* 115 (3): 715-53.
- Castells, Manuel. 2004. "Informationalism, Networks, and the Network Society: A Theoretical Blueprint". In *The Network Society: A Cross-cultural Perspective*, editado por Manuel Castells, 3-45. Cheltenham, Reino Unido: Edward Elgar Publishing Ltd.
- Cresswell, Tim. 2010. "Mobilities 1: Catching Up". *Progress in Human Geography* 35 (4): 550-58.
- Dávila, Julio D., ed. 2013. *Urban Mobility and Poverty: Lessons from Medellín and Soacha, Colombia*. Medellín, Colombia: Development Planning Unit, UCL / Universidad Nacional de Colombia.
- Di Masso, Andrés. 2012. "Grounding Citizenship: Toward a Political Psychology of Public Space." *Political Psychology* 33 (1): 123-43.
- Elwan, Ann. 1999. *Poverty and Disability: A Survey of the Literature*. Washington, DC: Banco Mundial.
- Hincapié, Diana, Suzanne Duryea e Isabel Hincapié. 2019. *Education for All: Advancing Disability Inclusion in Latin America and the Caribbean*. Washington, DC: Banco Interamericano de Desarrollo.
- Hogg, Michael A., Deborah J. Terry y Katherine M. White. 1995. "A Tale of Two Theories: A Critical Comparison of Identity Theory with Social Identity Theory". *Social Psychology Quarterly* 58 (4): 255-69.
- Hopkins, Nick y John Dixon. 2006. "Space, Place, and Identity: Issues for Political Psychology". *Political Psychology* 27 (2): 173-85.
- Kaztman, Ruben. 2001. "Seducidos y abandonados: el aislamiento social de los pobres urbanos". *Revista de la CEPAL*, 75 (diciembre): 171-89.
- Kaztman, Rubén y Alejandro Retamoso. 2007. "Efectos de la segregación urbana sobre la educación en Montevideo." *Revista de la CEPAL*, 91 (abril): 133-52.
- Korte, Russell F. 2007. "A Review of Social Identity Theory with Implications for Training and Development". *Journal of European Industrial Training*, 31 (3): 166-80.
- Lalli, Marco. 1992. "Urban-related Identity: Theory, Measurement, and Empirical Findings". *Journal of Environmental Psychology* 12 (4): 285-303.
- Lefebvre, Henri. 1991. *The Production of Space*. Traducido por Donald Nicholson-Smith. Cambridge, MA: Basil Blackwell Inc.
- Lorenzi-Cioldi, Fabio y Willem Doise. 1990. "Levels of Analysis and Social Identity". In *Social Identity Theory: Constructive and Critical Advances*, editado por Dominic Abrams y Michael A. Hogg, 71-88. Nueva York: Harvester Wheatsheaf.
- Mitchell, Ann, Pablo Del Monte y Séverine Deneulin. 2018. "School Completion in Urban Latin America: The Voices of Young People from an Informal Settlement". *Oxford Development Studies*, 46 (1): 45-56.
- Mitra, Sophie. 2006. "The Capability Approach and Disability". *Journal of Disability Policy Studies* 16 (4): 236-47.
- Pantano, Liliana. 2014. "Pobreza y factores contextuales en la construcción de la discapacidad." En *Las villas de la ciudad de Buenos Aires: Territorios frágiles de inclusión social*, editado por Ana Lourdes Suárez, Ann Mitchell y Eduardo Lépore, 141-186. Buenos Aires: Educa.
- Pineda, Víctor S. 2008. "Enabling Justice: Spatializing Disability in the Built Environment". *Critical Planning Journal* 15 (verano), 111-123.
- Rivas, Axel. 2015. *América Latina después de PISA: Lecciones aprendidas de la educación en siete países (2000-2015)*. Buenos Aires: CIPPEC-Natura-Instituto Natura.
- Sen, Amartya. 1985. "Well-Being, Agency and Freedom: The Dewey Lectures 1984". *The Journal of Philosophy*, 82 (4): 169-221.
- Sen, Amartya. 1992. *Inequality Reexamined*. Oxford: Clarendon Press.
- Sen, Amartya. 2007. *Identity and Violence: The Illusion of Destiny*. Londres: Penguin Books.
- Silva, María Rosa. 2008. "Villas y asentamientos: mil estigmas en los medios." En *Los mil barrios (in)formales: aportes para la construcción de un observatorio del hábitat popular del Área Metropolitana de Buenos Aires*, organizado por María Cristina Cravino, 231-275. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Simon, Bernd. 2004. *Identity in Modern Society: A Social Psychological Perspective*. Malden, MA: Blackwell Publishing Ltd.
- Tajfel, Henri, ed. 1978. *Differentiation Between Social Groups: Studies in the Social Psychology of Intergroup Relations*. Londres: Academic Press.
- Turner, John C. 1984. "Social Identification and Psychological Group Formation". En *European Studies in Social Psychology: The Social Dimension*, editado por Henri Tajfel, vol. 2: 518-38. Cambridge: Cambridge University Press.